

EDITORIAL

PARA SALIR DE LA CRISIS

VIVIMOS, sin duda, un tiempo de crisis. Un tiempo de cambios profundos y, por ello, traumáticos. Desde que en 1973 se hiciera bruscamente evidente la alteración de las condiciones económicas preexistentes —que se venía incubando desde varios años antes—, nuestro mundo, en efecto, ha sufrido una transformación intensa y no poco dolorosa. Una transformación en primer lugar económica, con secuelas demasiado conocidas ya: inflación, desequilibrios externos, déficits públicos y, sobre todo, un incremento ingente del paro y de la pobreza, junto con una obsolescencia acelerada de buena parte del equipo productivo.

Pero la crisis no ha sido sólo económica: ha afectado radicalmente a toda la estructura social, poniendo en cuestión los patrones de distribución del ingreso, el ordenamiento internacional, las relaciones sociales, el marco político e incluso los valores imperantes. Más aún, la crisis ha puesto de manifiesto la propia imposibilidad física de mantener los ritmos productivos anteriores de una forma ilimitada. Así lo destaca el profesor José Luis Sampedro en el texto que recogemos en la sección de Testimonio: "la crisis revela las limitaciones del desarrollismo", evidenciando, frente a una humanidad que no quiere enfrentarse con la realidad, que no es posible un crecimiento indefinido en nuestro limitado mundo. La crisis ha supuesto, así, un aldabonazo que, por mucho que se ha querido no escuchar, ha terminado por hacerse oír, despertando con su estruendo al mundo que llamamos "occidental" del sueño faústico de creer haber encontrado la fórmula capaz de sostener un crecimiento permanente que conduciría sin pausas al paraiso del consumo. La década de los 70 ha marcado el fin de esa ilusión.

El despertar ha sido, indudablemente, poco grato, en medio de numerosas pesadumbres frente a las que los remedios tradicionales han mostrado una casi absoluta incapacidad. Ni el Estado asistencial, ni la planificación central, ni el complejo instrumental keynesiano —tan útil frente a la última gran crisis— han sido capaces siquiera de aliviar los dolores más acuciantes. La crisis, de esta forma, ha sido también una crisis de la Economía y aun de la Política. Más todavía, ha sido un factor de desorientación general que ha dejado a la humani-

dad, antes tan aparentemente segura, sin un suelo firme en que asentar sus convicciones.

No es posible, por tanto, pensar ya que la crisis ha supuesto sólo un alto circunstancial en el camino del progreso. Más bien, debe pensarse en ella como en el detonante de una transformación fundamental del mundo en que vivimos. El detonante también de una profunda revisión ideológica y ética. Estamos, según muchos indicios, en el umbral de una nueva época.

Por eso no han conseguido apenas nada frente a la crisis las políticas desarrolladas por los países industrializados. Unas políticas, en general, que, tras los primeros momentos de desconcierto, no han pretendido más que sanear financieramente las economías y ajustar sus aparatos productivos a las nuevas condiciones del mercado. Es decir, reducir los desequilibrios más llamativos, apaciar la fiebre y restañar las heridas. Pero no, desde luego, curar el organismo dañado.

La curación, en efecto, requiere remedios más poderosos. Propuestas acordes con la profundidad del desafío, con la radicalidad de los cambios producidos. Es algo indudablemente difícil; problemática. Pero en ello se encuentra la paradójica oportunidad de la crisis: en ésta su exigencia de una reacción viva, un replanteamiento profundo de la normalidad, un esfuerzo de imaginación, una apuesta por el futuro. El propio Mounier lo supo ver con esa sabiduría juvenil que le caracterizaba: "No se puede contar mucho —decía— con las épocas satisfechas, sólo las crisis conducen en su mayoría a la meditación... Entonces la monotonía de los días está rota y, en su vida rasgada, inmensas haces de luz se abren sobre los problemas desconocidos". Por eso, como cantara Hölderlin, "cuando el peligro aumenta, crece lo salvador".

Esa es la motivación de este número de **Acontecimiento**: la necesidad de encontrar soluciones y la esperanza en que existen. En esta perspectiva, dedicamos el número al examen de las respuestas que frente a esta intensa sacudida están empezando a esbozarse desde diferentes perspectivas. Urgidos más que nunca por el acontecimiento, y con la humildad de quien no tiene soluciones, pero con la ilusión de contribuir —siquiera muy modestamente— a la clarificación de ideas en este decisivo debate de nuestro tiempo.

El número empieza, en este sentido, con aquello contra lo que nos identificamos: con el gran poder económico internacional. Y empieza con él no por pura animosidad, con ser ésta ciertamente grande, sino porque es él precisamente quien más claramente está percibiendo la dimensión de los problemas y la consiguiente necesidad de remedios "grandes" frente a los grandes males. Cabe incluso pensar que es éste el único sector social que ha visto con nitidez la hondura del reto planteado. Es, desde luego, el único hasta el momento capaz de adoptar frente a este reto una estrategia coherente. Quizá porque los sectores populares permanecen todavía tan inmovilizados por el propio impacto de la crisis, tan gravemente debilitados material e ideológicamente,

que no han contado con fuerzas suficientes para plantear una alternativa sólida. Quizá también por la misma identificación de la izquierda tradicional —sindical y política— con el modelo económico anterior, con cuya defunción ha quedado huérfana de referentes políticos y económicos viables.

La perspicacia y los recursos del poder económico, por el contrario, están resultando ser mucho más firmes. Tanto que está aprovechando la crisis para reordenar el sistema económico según sus intereses y para consolidar sus posiciones. La estrategia para ello diseñada parte, naturalmente, del punto en el que el capital se ha sentido más dañado por la crisis: el beneficio. A contrarrestar las presiones negativas desatadas sobre él ha dedicado el gran capital sus más intensos esfuerzos. Y a la vista de los hechos, puede pensarse que está consiguiendo con éxito sus objetivos. Es éste el sentido en el que en el primer artículo de este número —obra de José Ángel Moreno, compañero del Instituto— se afirma que el capital ha encontrado ya "su" solución a la crisis. Una solución que examina con detalle, destacando sus puntos esenciales, sus contradicciones y las implicaciones que de su puesta en práctica podrían derivarse. La opinión que rezuma el trabajo no es, desde luego, positiva: se perfila una sociedad más mercantilizada y dependiente, con nuevas servidumbres y nuevas desigualdades, en la que la presunta mayor riqueza irá de seguro acompañada por un avance en el impersonal poder del dinero.

La respuesta del gran capital, en cualquier caso, parece fuertemente coherente. Cuando menos, está ya claramente definida y empieza a ser puesta en marcha, influyendo poderosamente —a través de mediaciones múltiples— en las políticas implementadas por los gobiernos del área capitalista.

Frente a ella, los sectores populares, como apuntábamos, no han encontrado todavía una alternativa firme. En el disperso mundo que en ellos se engloba hay sólo coincidencia en la necesidad de encontrar nuevas fórmulas frente a la relativa ineficacia del keynesianismo más o menos progresista que ha inspirado sin excepción las políticas de los partidos socialdemócratas en el poder, así como en el convencimiento de la poca utilidad práctica de las medidas clásicas del estatismo centralista, nucleadas en torno a las nacionalizaciones. La convergencia, cuando se da, no va mucho más allá, existiendo diversas aproximaciones teóricas de las que derivan otras tantas fórmulas de superación de la crisis, que se corresponden con diferentes visiones ideológicas. En las páginas de este número se examinan algunas de las más significativas.

En primer lugar, hubiéramos querido recoger las respuestas de los partidos más significativos de la izquierda tradicional, y muy especialmente de los más influyentes, los socialdemócratas: dificultades de última hora han impedido que la colaboración prevista haya podido ser incluida. No obstante, quisiéramos, cuando menos, apuntar aquí algunos de los rasgos más destacados de las propuestas socialistas frente a la crisis.

Ante todo, hay que recordar que se trata de un movimiento político particularmente afectado por los acontecimientos de los últimos años, en cuanto que ha sido el más caracterizado portavoz del Estado de Bienestar y de la filosofía keynesiana. Es un movimiento, además, que se ha desmerecido con especial abulia frente a los cambios, con evidentes signos de inercia y falta de imaginación. La mayor parte de este conglomerado ideológico —nuestro PSOE es probablemente un caso paradigmático— ni ha encontrado alternativas a la inflexión neoliberal, ni las busca, ni parece necesitarlas, en cantado como está con el discurso regresivo de la flexibilidad, la liberización y el auge del mercado. Todo lo más, pretende aderezarlo ligeramente con pequeños toques redistributivos. La socialdemocracia más activa —la del centro y norte de Europa— empieza, sin embargo, a despertar de su letargo. El último congreso del PSD alemán es —pese a las dosis indudables de demagogia— un ejemplo. Comienza en ellos a perfilarse una todavía borrosa alternativa que parece vertebrarse en torno a la profundización de sus postulados originales: ser consecuentemente socialdemócratas, ahondando en las libertades, extendiendo el contenido de la democracia e intensificando y depurando de sus vicios la política asistencial. Se defiende el Estado de Bienestar, pero se considera preciso incrementar tajantemente la eficacia de su gestión, de forma tal que pudiera reducirse el nivel de gasto público sin reducir el nivel de las prestaciones. Cuadratura del círculo que se aspira lograr por medio de la paulatina reducción de la burocracia y la centralización de la economía, abriendo el sector público a la competencia del mercado e incentivando la participación y el control populares, tanto a través de una progresiva intensificación de la democratización de la empresa como del desarrollo de un sector cooperativo potente. El objetivo es, tal como la califican, una "economía participativa de mercado" que, aun siendo capitalista, fuese más equitativa y justa. Todavía, no obstante, no han precisado cómo conseguirlo. Y lo que es peor, son ideas de las que tienden curiosamente a olvidarse cuando alcanzan el gobierno. No debe extrañar, por eso, que los partidos socialistas más imaginativos sean los que están en la oposición.

Pero existen otras ideas frente a la crisis, algunas no tan irrealizables como argumentan los profesionales del realismo. Es algo que demuestra Juan N. García Nieto, un hombre con muchas páginas y muchas batallas a la espalda, ejemplo siempre de intelectual comprometido con su pueblo y autor del segundo artículo. En él examina las propuestas frente a la crisis que, con más radicalismo en el análisis, se están agrupando en torno a la idea central del reparto del trabajo. Una idea sencilla, como casi todas las ideas luminosas, que viene a aportar un haz de luz en el panorama de lo que convencionalmente llamamos "izquierda": si la tecnología reduce acelerada y progresivamente el trabajo disponible, distribuyámosle con equidad. Con ello se matarían muchos pájaros de un tiro: se reduciría —se podría acabar— el paro, aumentaría substancialmente el tiempo libre, surgiría la posibilidad de realizar actividades vocacionales, desarrollándose la esfera de la gratuidad en perjuicio de la de la economicidad, etc. De esta forma, la vía del reparto del trabajo, partiendo de la

realidad, puede suponer a la larga una modificación radical del estilo de vida y del modelo de desarrollo imperantes, abriendo camino hacia el ensanchamiento de espacios de autonomía y permitiendo, de paso, la reducción del gasto público en virtud de la sustitución de servicios estatales por actividades convencionales.

Son ideas que, en sus formulaciones más radicales, conectan muy directamente con la última de las propuestas que examinamos en el presente número de **Acontecimiento**. De la mano de un defensor convencido de estos planteamientos, Juan Bautista Astigarraga, se analizan las proposiciones de todos aquellos que piensan que la única solución posible estriba en el abandono del modelo económico dominante, en un "cambio de sentido" —como titula Rudolf Bahro su último libro—, reduciendo la dependencia de la comunidad respecto del mercado y del Estado y construyendo en su sustitución nuevas economías locales más autosuficientes, independientes y autogestionarias, sobre la base de pequeñas escalas productivas y tecnológicas suaves. Es la filosofía de la belleza —y la eficacia— de la pequeña dimensión que apostolara Schumacher —"lo pequeño es hermoso"— y que inspira en buena medida en la actualidad los movimientos calificados de "alternativos", que cuestionan radicalmente la creencia de que el crecimiento productivo puede seguir siendo la solución a los problemas de la sociedad capitalista avanzada. Son los portavoces de una emergente mentalidad que rechaza el consumo máximo como máxima aspiración de la vida y la producción máxima como vía para conseguirlo, y que manifiesta una actitud integradora —no agresiva— con la naturaleza y la humanidad. Una visión antimoderna —o postmoderna—, probablemente utópica y quizá irrealizable; pero no despreciable.

No deberíamos olvidar en este punto el consejo que nos deja ese sabio maestro de economistas que no quiere ser ya economista que es José Luis Sampedro, en el artículo que reproducimos: ¿acaso no es mayor utopía la de los que piensan que la única solución estriba en continuar por este demencial camino que nos está conduciendo aceleradamente a la deshumanización y al apocalipsis? Su testimonio no puede dejar de ser escuchado por todos los que nos queremos personalistas y comunitarios: deja —dice— los innumerables trastos que te aprisionan y aprende ante todo a conocer la realidad y a conocerte a ti mismo. Descoloniza tu mente. Ponte en marcha hacia donde están las verdades últimas. No te dejes atrapar por los señuelos, porque la esclavitud más poderosa es la que tú mismo aceptas complacido. Súbete al "carromato hacia el Sur". Hacia otra cultura, otros valores, otro desarrollo, otra vida.

Una vida en la que, recordemos una vez más a Mounier, la economía deberá estar al servicio de la persona, subordinado el criterio económico a su desarrollo integral, atendidas prioritariamente sus necesidades esenciales —y antes que ninguna las más perentorias—, posibilitando así la economía la realización plena de su vocación espiritual. Pero recordemos también, ante espíritus dema-

siado puros, lo que el propio Mounier siempre añadía: que no es posible una economía tal fuera del marco de una democracia profunda, íntegra, y que no puede existir tal democracia sin autogestión y socialismo. No es, desde luego, un recetario contra la crisis. Es sólo una reafirmación de los objetivos a los que, en nuestra opinión, debiera aspirar una salida de la crisis que realmente nos condujera a un más elevado estadio de civilización.

Sin duda queda mucho por andar; aún para la más modesta aspiración a una suavización de los problemas puramente materiales. Ni siquiera somos todavía capaces de encontrar la senda, perdidos como estamos entre la obscuridad de este tiempo difícil. Si las páginas que siguen ayudaran un ápice a encontrarla, incluso si tan sólo incitaran a buscarla, quienes hacemos esta pobre revista nuestra nos sentiríamos recompensados.